

ARTICULOS E INFORMES

LARGO PERIODO, COMPETENCIA Y CAPITAL: UN ENSAYO SOBRE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

Carlos Rodríguez

Introducción

El presente ensayo surgió inicialmente por la necesidad de contrastar las nociones de equilibrio económico clásico y marxista por un lado, y marginalista por otro. Nos pareció que la separación del análisis económico en método y teoría introducida recientemente por Pierangelo Garegnani (1976) sería una buena base para comenzar. El avance del trabajo nos llevó a buscar el elemento clave explicativo de dos nociones de equilibrio económico radicalmente distintas, en la forma en que cada escuela ve la competencia capitalista.

El ensayo se extiende a discutir el abandono marginalista del método tradicional de equilibrio de largo plazo y la introducción de los métodos de equilibrios temporales e intertemporales de cortos plazos. Aquí, el problema marginalista del capital entra a jugar un papel explicativo de tal abandono.

I. Los fundamentos clásicos

Una característica común del análisis económico del siglo XIX y de las primeras décadas del presente, es su concentración en el estudio de los efectos permanentes de cambio del sistema económico, mediante la comparación de distintas posiciones asociadas a la existencia de una tasa de ganancia uniforme sobre el acervo de capital. En efecto, los economistas clásicos enfatizaron que la teoría debería dirigirse a explicar no los fenómenos generados por acción de fuerzas que actúan sobre el sistema económico de manera accidental y temporal, sino a aquellos que resultan de causas cuyo accionar es sistemático, persistente y regular.

Por consiguiente, el primer paso del análisis económico debería ser la caracterización abstracta del sistema capitalista. Esta caracterización comprendería todas las fuerzas sistemáticas, persistentes y regulares que actúan sobre el sistema real. Definido este objetivo de análisis, la teoría debería, por tanto, proceder a explicar la operación de las fuerzas que en última instancia regulan los valores de cada una de las variables relevantes del sistema económico.

A la base de este método se encontraba la noción, de que los efectos de las fuerzas temporales se anularían a lo largo del tiempo. Tras el movimiento en un sentido de cada variable relevante producido por una causa accidental, surgiría otro en sentido contrario, de tal forma que al considerar el fenómeno durante un tiempo suficientemente largo, las causas persistentes se impondrían sobre las temporales y accidentales de la misma manera en que se impone una media entre continuas fluctuaciones. Las posiciones medias que se impondrían como tendencia a lo largo del tiempo y alrededor de las cuales fluctuarían continuamente las variables económicas, fueron llamadas por los economistas clásicos, los centros de gravitación del sistema económico.

Esta parece haber sido la visión en que descansaba el supuesto de los clásicos, de que los resultados que se obtendrían del accionar de las fuerzas relevantes dentro del sistema económico abstracto, serían los mismos que se impondrían como resultados medios en el sistema económico real, una vez que hubiese transcurrido el tiempo necesario para que las fuerzas sistemáticas de la economía desarrollaran plenamente sus efectos. Por esta asociación entre resultados medios y tiempo, el método descrito fue conocido como el método de largo período.

Esta forma de identificar los resultados abstractos y el comportamiento medio del sistema económico real suponía, por otra parte, que los cambios en las fuerzas que actúan permanentemente sobre el sistema económico, deberían ser suficientemente lentos para no poner en peligro la gravitación hacia las posiciones de largo período. Si por otra parte, los cambios fueran rápidos, deberían darse de una vez por todas a fin de que después de un período de transición, la gravitación hacia nuevas posiciones de largo período se impusiera de nuevo. Este tipo de cambio en las causas últimas o permanentes que afectan el sistema económico se estudiarían bajo el encabezado de movimientos seculares (Garegnani, 1976).

La asociación entre sistema económico abstracto, sistema económico real y tiempo, no significaba de ninguna manera que los resultados de largo período eran resultados **observables** en la economía real, mucho menos que solamente regían cuando hubiese transcurrido algún período calendario. Lo que sí significaba, es que estos centros existían como normas intrínsecas que regían en todo momento las tendencias del sistema económico real.

La noción de largo período, fue el resultado lógico de la visión que se impuso el siglo pasado de la forma como el sistema capitalista busca automáticamente sus centros de gravitación: "como una máquina que actúa in-

dependientemente del deseo de los hombres" (Meek, R.L., 1965). Por este automatismo, los centros de gravitación, las posiciones de largo período, fueron llamados las posiciones naturales del sistema económico. Así, el sistema económico estaría permanentemente tendiendo hacia sus precios naturales, hacia su tasa de ganancia natural, etc.

La legitimidad de este método de enfocar el análisis económico dependería fundamentalmente, por tanto, de la existencia de tendencias reales del sistema capitalista a fluctuar en torno a ciertos centros de gravitación. Cuando uno pasa a investigar acerca de las bases que tuvieron los economistas clásicos para afirmar que tales tendencias se darían en el sistema capitalista, en otras palabras, cuando uno indaga sobre las bases objetivas que permitieron sostener que en un sistema de mercado los precios en todo momento estarán buscando su nivel natural, lo que se encuentra es un sustento empírico sobre el comportamiento real del sistema capitalista y sobre las instituciones en que se apoya. Fue la observación de la forma en que funciona el capitalismo, lo que condujo a ver en la competencia entre los propietarios del capital, el elemento fundamental de la dinámica del sistema. Son las presiones competitivas entre los capitalistas, que se expresan en la búsqueda de mayores niveles de rentabilidad para el capital, y la movilidad del capital entre distintas ocupaciones, que hace posible tal búsqueda, lo que crea las tendencias naturales del sistema, lo que lleva a que a la larga se imponga una tasa de ganancia uniforme sobre todos los capitales.

1. La noción de competencia en los Clásicos y en Marx.

El concepto de competencia ha sido un lugar común para todas las corrientes del pensamiento económico, sin embargo su caracterización no ha sido totalmente homogénea entre ellas. Precisemos por el momento qué entendían los economistas clásicos y Marx por competencia.

Entre nociones de competencia tan diversas como la de Smith, Ricardo y Marx, destaca un elemento común a todas ellas que les da su especificidad respecto a nociones posteriores. Se trata de la noción de competencia como rivalidad; una lucha por sobrevivir y la única manera de lograrlo es a través de conseguir mayores tasas de ganancia para poder acumular. En el desarrollo de esta lucha algunos capitalistas quedarán en el camino. Por esta razón, señalaba Marx, los capitalistas saben que sólo acumulando podrán conservar sus capitales. La acumulación, pues, es un resultado natural de esta rivalidad competitiva.

A. Smith, estableció un conjunto mínimo de supuestos para que operara adecuadamente lo que él llamó libre competencia. Estos fueron: 1) deberá existir un número grande de participantes a fin de evitar la colusión; 2) se requiere un cierto conocimiento del mercado; y 3) es necesaria la libre acción de los recursos que garanticen la libre movilidad de los capitales y de la fuerza de trabajo entre distintas ocupaciones.

Si ahora volcamos nuestra atención a lo que Marx entendía por competencia, encontramos que con este autor tal noción cobra nuevas dimensiones. En

primer lugar, vio la competencia como "sinónimo de generalización de las relaciones de producción capitalista" (Eatwell, J., 1978). La libre competencia, afirmaba Marx, se encarga de disolver las barreras que se oponen a las tempranas relaciones de producción, destruye todos los límites que impiden su movimiento, su desarrollo y realización "La Libre Competencia es el desarrollo real del capital" (Grundrisse, 649-50).

En segundo lugar, Marx precisó que el desarrollo del capitalismo, a su vez, lleva al desarrollo de la competencia. El desarrollo del modo de producción capitalista elimina "todos los impedimentos legales y extraeconómicos a la libre movilidad del capital en las diferentes esferas de producción" (Marx, El Capital III).

Hay entonces, una interacción recíproca entre competencia y modo de producción capitalista. La competencia rompe las barreras al desarrollo del capitalismo, al mismo tiempo que este desarrollo elimina los impedimentos a la profundización de la competencia. Desarrollo del capitalismo y desarrollo de la competencia van, pues, de la mano empujándose mutuamente.

Cliffon (1977) ha concluido en base a los argumentos anteriores que para Marx las tendencias a la concentración y centralización del capital, consecuencia natural de la competencia, no vuelven menos competitivo al capitalismo, sino que, por el contrario, lo hacen más competitivo. En efecto, con el desarrollo del capitalismo y con la concentración del capital se crean nuevas instituciones e instrumentos, tales como las grandes corporaciones financieras, la informática, etc., que llevan a que se vuelva mucho más amplia y ágil la movilidad del capital y con ésto a que se profundise la competencia.² Ver las cosas distintas a como aquí se han planteado, parece llevar a la conclusión dudosa de que el capitalismo de la época en que Smith escribía, una época de pequeñas empresas, en su mayoría de carácter artesanal, fue más competitivo que el capitalismo actual de grandes corporaciones y grandes centros financieros, una época de pleno desarrollo del capitalismo y de plena movilidad del capital.

Cuando integramos largo período y competencia en Marx logramos dibujar claramente cuál fue la noción de equilibrio de este autor. Marx vió al sistema capitalista desarrollándose a lo largo de senderos de equilibrio, pero vió también sus desequilibrios no como ligeras desviaciones de este sendero al que debía retornar sumisamente, "sino más bién como una forma dominante de movimiento que forjaba y modelaba el desarrollo de la sociedad capitalista". (Dobb, M., 1973).

2. El largo período en los Clásicos y en Marx.

Si bien las posiciones naturales fueron relevantes para algunos economistas anteriores a Adam Smith —tal es el caso de Turgot que se refería a que "la tasa de interés puede ser considerada como un nivel de agua ..., como un mar extendido sobre una vasta región" (citado en Milgate, M, 1982, pg. 20)— es sólo con este autor que el método de largo período alcanza plena sistematización:

"El precio natural ... es como si fuera, el precio central, hacia el cual los precios de todas las mercancías gravitan continuamente. Distintos accidentes pueden algunas veces mantenerlos suspendidos por arriba de aquel, y algunas veces forzarlos a bajar aún por debajo. Pero cualesquiera sean los obstáculos que les impiden situarse en este centro de reposo y continuación, ellos están constantemente tendiendo hacia él (Smith, A, 1977, pg. 65).

En este conocido párrafo, Smith precisó cual sería su objeto de estudio. Su obra se dedicaría a estudiar aquellas posiciones naturales, aquellos centros de reposo y continuación hacia los cuales el sistema capitalista está tendiendo constantemente.

El precio de mercado, definido como el precio real al cual una mercancía es comúnmente vendida, lo consideró "regulado por la proporción entre la cantidad que realmente se trae al mercado (oferta) y la demanda de aquellos que están dispuestos a pagar el precio natural de la mercancía" (demanda efectiva). La relación entre estos dos precios la describió en los siguientes términos: si la oferta fuera deficiente respecto de la demanda efectiva, el resultado será "una competencia" entre los demandantes efectivos, "y el precio de mercado subirá más o menos sobre el precio natural". El proceso será el inverso en caso de un exceso de oferta sobre la demanda efectiva. Es sólo cuando la oferta es "lo suficiente para suplir la demanda efectiva y no más, que el precio de mercado naturalmente viene a ser exacta" o cercanamente "el mismo que el precio natural" (Smith, A, 1976, pgs. 63-64).

Asimismo, Smith asoció el largo período con la existencia de una tasa de ganancia uniforme sobre el stock de capital, y afirmó que "existe en cada sociedad una tasa media u ordinaria de salarios y beneficios".

Cuando Smith explicó el nivel del precio natural de una mercancía, lo hizo mediante lo que posteriormente se conoció como la teoría de la suma. Según ésta, el precio natural de una mercancía es aquel que será "suficiente para pagar la renta de la tierra, los salarios del trabajo, y los beneficios del acervo" requeridos para producirla y traerla al mercado. Cada uno de estos componentes del precio natural fueron, a su vez, definidos a sus respectivas "tasas naturales" (Smith, A., 1976, pg. 62).

David Ricardo retomó el método de largo período que había sistematizado Smith y reconoció su satisfactoria elaboración, señalando que en "el séptimo capítulo de la riqueza de las naciones, todo cuanto hace relación a este tema se considera de manera adecuada" (Ricardo, 1973, pg. 69).

Ricardo fue enfático en señalar que son la búsqueda de mayores tasas de ganancia y la libre movilidad de los recursos, las fuerzas propulsoras que harán tender el sistema capitalista hacia sus centros de gravitación y, por consiguiente, a la formación de una tasa de ganancia uniforme:

"... es el deseo que cada pitalista tiene de desviar sus fondos de una colocación menos provechosa a otra más rentable, lo que evita que los precios de mercado de los bienes sigan manteniéndose durante mucho tiempo, por encima o por debajo de sus precios naturales" (Ricardo, 1973, pg. 69).

Ricardo, más que Smith, observó la importancia de los desequilibrios del sistema económico, señalando, por un lado, que el hecho de considerar "el trabajo como base del valor de los bienes", no significaba de ninguna manera que se negara la existencia de "desviaciones accidentales y temporales" de los precios de mercado respecto a los naturales; y, por otro, que es:

"sólo a consecuencia de dichas variaciones (que) se aporta precisamente el capital, en la abundancia no requerida, y nada más, para la producción de los diferentes bienes que integra la demanda" (Ricardo, 1973, pg. 67).

En este último párrafo está claramente la idea que luego desarrollará Marx, de que son los desequilibrios del sistema los mecanismos necesarios para distribuir en el capitalismo la fuerza de trabajo y el capital, según las necesidades de la división social del trabajo.

En términos de método Ricardo fue un fiel seguidor de Smith, sin embargo, al pasar a explicar los niveles que forman las variables en sus posiciones naturales, es decir, al pasar al nivel de la teoría, fue su mayor crítico. Rechazó la teoría de la suma y mostró que los componentes del precio natural no se determinan cada uno independiente de los otros, como lo hacía Smith.

Para montar esta crítica Ricardo perfeccionó la estructura analítica en que se apoyaba el análisis clásico, es decir, precisó el núcleo de lo que se ha llamado la teoría del excedente. Según esta teoría, dados el producto social, la tecnología y el salario natural, el nivel de empleo y el consumo necesario de este nivel de empleo quedarán completamente determinados; la ganancia se calcula entonces, como el residuo del producto social sobre el consumo necesario y la tasa de ganancia natural será el cociente entre este residuo y el consumo necesario.

Sobre esta base analítica, es fácil ver que salario natural y tasa de ganancia natural no son independientes entre sí; un aumento del salario natural disminuye la tasa de ganancia y viceversa, resultado éste que contradice la teoría de Smith de que un aumento en los salarios lleva a un aumento de los precios, manteniéndose constantes la renta y la tasa de ganancia.

El método utilizado por Karl Marx fue más complejo que el de todos sus predecesores y sucesores. Marx consideró que las categorías no pueden ser aprehendidas por la simple percepción; ellas deben ser construidas a partir de las múltiples relaciones y determinaciones de categorías de distintos niveles de abstracción, en un proceso de descenso sucesivo a niveles cada vez más concretos, partiendo de las categorías más abstractas y de las determinaciones más sutiles. De aquí la afirmación de Marx de que las categorías expresan formas de existencia (Marx, K, 1976).

Dentro de este proceso complejo de reproducción de las categorías como concretos pensados se pasa por distintos planos, en cada uno de los cuales se interrelacionan categorías de un mismo nivel de abstracción. Las relaciones que se establecen entre las categorías pertenecientes a un mismo nivel de abstracción, Marx las estudió según el método de largo período.

Así bajo condiciones de producción en que la plusvalía no se distribuye proporcionalmente al monto del capital, es el valor el centro de gravitación de los precios:

"El supuesto de que las mercancías de las diversas esferas de producción se venden por sus valores sólo significa, naturalmente, que su valor constituye el centro de gravitación en torno al cual giran sus precios y a base del cual se compensan sus constantes alzas y bajas". (Marx, III, 1982, pg. 82).

Por otra parte, bajo condiciones de producción capitalista, en que el capital toma conciencia como potencia social y consiguientemente reclama una participación proporcional en la plusvalía total de acuerdo a su monto, las mercancías dejan de intercambiarse según sus valores y pasan a hacerlo según sus precios de producción, categoría ésta equivalente al precio natural de Smith y Ricardo y que encierra una tasa de ganancia uniforme para todos los capitales. En este nivel:

"El precio de producción .. es.. el centro en torno al cual giran los precios comerciales diarios y a base del cual se compensan dentro de determinados períodos" (Marx III, 1982, pg. 183).

Veamos como el largo período constituye una pieza fundamental en el análisis de Marx del modo de producción capitalista, y por consiguiente, en su elaboración de la crítica de la economía política.

Para el análisis del sistema capitalista, Marx partió del postulado fundamental de que la distribución proporcional del trabajo social es una ley objetiva semejante a las "leyes naturales", que necesariamente se impone a cualquier forma de sociedad. "Es self evident que esta necesidad de la distribución del trabajo social en determinadas proporciones no puede ser destruido por una determinada forma de producción social; únicamente puede cambiar la forma de su manifestación" (Marx, 1868).

Si la distribución del trabajo social constituía para Marx una ley objetiva, el problema siguiente sería el precisar la forma bajo la cual se impone esta distribución proporcional del trabajo, este equilibrio de la división social del trabajo, en una sociedad en que las decisiones de producción no se toman de una manera centralizada, sino que, por el contrario, se llevan a cabo de una manera atomística y autónoma.³ En efecto, en esta sociedad, "el trabajo sólo rige, de una parte, como trabajo social; de otra parte, la distribución de este trabajo social y la mútua complementación ... quedan encomendadas a la acción fortuita de los distintos productores capitalistas". (Marx III, 1982; pg. 812).

De esta manera, las decisiones de la producción son tomadas por estas unidades económicas aisladas e independientes de forma ex-antes sin ninguna coordinación y conducen, en consecuencia, a la desproporcionalidad en la distribución social del trabajo. Puesto que su inserción dentro de la división social del trabajo se da mediante el intercambio de sus productos, la mencionada "ley objetiva" sólo podrá imponerse si dentro del intercambio surgen las fuerzas necesarias para que a posteriori las despropor-

cionalidades en la distribución del trabajo se corrijan. En efecto, los productores de mercancías deben producir valores de uso que satisfagan necesidades sociales; solo cuando las mercancías se producen en las cantidades que de ellas se requirieren se intercambiarán entre sí según sus valores, según la cantidad de trabajo socialmente requerido para producirlas; en caso contrario el valor de cambio diferirá de esta norma. Marx argumenta lo anterior en los siguientes términos:

“como en la producción de mercancías se da por supuesta la división del trabajo, tenemos que la sociedad compra estos artículos invirtiendo en su producción una parte de su tiempo de trabajo disponible ... es indudable que cuando la mercancía concreta de que se trata se produce en cantidad que rebasa el límite de las necesidades sociales, se derrocha una parte del tiempo de trabajo social y la masa de mercancías representa en el mercado ... una cantidad mucho menor de trabajo social que la que realmente encierra ... Estas mercancías tienen que venderse, por tanto, por menos de su valor comercial”. (Marx III, 1982, pgs. 190-1).

Por lo tanto, la desproporcionalidad en la distribución del trabajo social se expresa en el mercado como desequilibrios entre ofertas y demandas que causan, por una parte, “divergencias entre los precios comerciales y los valores”, y por otra, “la tendencia a superar estas divergencias”. Dichas divergencias tienden a autocorregirse de distintas maneras. Si se trata de un exceso de oferta resultará en una caída en el precio comercial, trayendo “como consecuencia la retirada de capital con la consiguiente baja de la oferta”. Si se trata de una deficiencia en la oferta, el precio comercial subirá; ésto traerá como consecuencia el que “afluya a la rama de producción de que se trate demasiado capital”, llevando a que el precio comercial descienda aún “por debajo del valor comercial” y repercutiendo en un descenso de la oferta. (Marx III, 1982, pgs. 193-4).

Este es el nexo estrecho entre los precios comerciales y la distribución del trabajo. La desproporcionalidad en la distribución del trabajo social, resultado de la naturaleza atomística de las decisiones de producción, se refleja en movimientos en los precios comerciales; estos movimientos llevan a su vez, a posteriori, a modificar la distribución del trabajo social en un proceso a lo largo del tiempo, en el que, por una parte, el trabajo tiende a distribuirse proporcionalmente y, por otra, los precios comerciales tienden a corresponder con los valores.

Marx profundizó, por tanto, la idea que bajo el sistema capitalista, la ley de la distribución proporcional del trabajo social, del equilibrio de la división social del trabajo, se impone por el movimiento del valor de cambio de los productos. Al respecto Marx afirma:

“... la forma en la que esta distribución proporcional del trabajo se manifiesta en una sociedad en la que la interconexión del trabajo social se presenta como cambio privado de los productos individuales del trabajo, es precisamente el valor de cambio de estos productos”. (Marx, 1868).

Así, Marx acepta que el sistema capitalista tiende hacia el equilibrio, pero precisa que "esta tendencia constante de las diversas esferas de producción a mantenerse en equilibrio sólo se manifiesta como reacción contra el desequilibrio constante" y que además esta "norma" solamente "rige a posteriori, como una ley natural interna, muda, perceptible tan sólo en los cambios barométricos de los precios del mercado y como algo que se impone al capricho y a la arbitrariedad de los productores de mercancías" (Marx I, 1982 pgs. 289-90).

Ya hemos visto que, como consecuencia de la noción de competencia de Marx, este proceso en el cual el equilibrio se impone como reacción contra el desequilibrio no se da de una manera suave en que cada productor ajusta gradualmente su nivel de producción; por el contrario, este proceso supone la crisis. El equilibrio se impone a posteriori de manera violenta. En efecto, el camino hacia el equilibrio significa la quiebra de algunos capitalistas y el fortalecimiento de otros. Este proceso revela el carácter de rivalidad de la competencia, negando la noción de armonía propia del pensamiento económico posterior. Un autor ha descrito este proceso en los siguientes términos:

"El equilibrio ideal se impone no linealmente sino por una negación de la negación. El equilibrio ideal, negado por la estructura capitalista del mercado... (la propiedad privada y la naturaleza autónoma de las decisiones de los productores individuales)..., niega esta negación por la crisis y de esta manera penetra". (Hinkelammert, F. 1970, pg. 54, el paréntesis es nuestro).

Cuando se buscan las razones por las cuales Marx concentró su atención al análisis del equilibrio del sistema capitalista, a pesar de su reconocimiento explícito de que el movimiento dominante en esta sociedad no es el equilibrio sino el desequilibrio, lo que se encuentra es, en primer lugar, la visión de que el equilibrio de la división social del trabajo es una "ley objetiva" que, como ya apuntamos, "se impone a cualquier forma de sociedad" y, en segundo lugar, el convencimiento de que sólo bajo estas condiciones se pueden "enfocar los fenómenos en la forma que corresponde a las leyes que los rigen, con arreglo a su concepto"; que solamente bajo equilibrio se pueden estudiar los fenómenos económicos "independientemente de las apariencias relacionadas con el juego de la oferta y la demanda" y que solo así se puede "descubrir y fijar, en cierto modo, la tendencia real de su movimiento" (Marx, III, 1982, pg. 193).

En el largo período, pues, surgen en Marx con toda precisión dos grandes tipos de tendencias en estrecha asociación, en el sentido que cada una de ellas es consecuencia de la otra. Se trata de la tendencia de los precios comerciales a gravitar en torno al valor y de la tendencia del sistema a gravitar en torno a la distribución proporcional del trabajo social. En esta última dirección Marx presenta los esquemas de reproducción como ciertos centros de gravitación, como cierta estructura normal de reproducción hacia la cual tiende permanentemente el capitalismo. Este punto será objeto de un estudio posterior.

Debemos concluir esta parte enfatizando que en Marx está presente una noción muy precisa de equilibrio. El equilibrio sólo constituye una norma que tiende a imponerse entre continuas fluctuaciones, en medio de las contradicciones del capitalismo. Es el desequilibrio el movimiento dominante, puesto que el equilibrio, más allá de norma, sólo constituye algo "fortuito y casual".

II. El análisis marginalista

El surgimiento del marginalismo durante la segunda mitad del siglo pasado condujo a algunas modificaciones profundas en el análisis económico. Entre ellas están el cambio radical a nivel de teoría y la modificación en la noción de competencia. Sin embargo, no todo fue modificación. En este ensayo se sostiene que a nivel de método lo que predominó fue la continuidad. En lo que sigue estudiaremos la noción de competencia y el método marginalista.

1. La noción de competencia marginalista

El marginalismo modificó sustancialmente aquel conjunto mínimo de supuestos que había establecido Adam Smith para definir lo que se conoció como la libre competencia. Estos cambios no se dieron de una vez, sino que se fueron introduciendo a medida que se fue desarrollando el análisis marginalista.

Entre los supuestos más importantes que se introdujeron, desde el punto de vista de este ensayo, podemos mencionar los siguientes.

Cournot a finales de la década de los años treinta del siglo pasado introdujo el supuesto de la existencia de un número infinito de unidades productivas, cada una de las cuales participaba con una oferta insignificante respecto a la oferta global. Este supuesto de competencia le permitió a nivel de teoría formalizar la maximización del beneficio.

Jévon y Edgeworth posteriormente supusieron que bajo competencia existiría conocimiento y divisibilidad perfectas. Con estos supuestos adicionales era fácil demostrar matemáticamente la existencia de un precio único para cada mercancía y la determinación precisa de la cantidad ofrecida y demandada.

No fue sino hasta principios de este siglo que el supuesto de perfecta movilidad de los recursos (instantánea y sin costos) fue incorporado por F. Knight a la definición de competencia. A este conjunto de supuestos, Pigou le llamó en la década de los veinte la competencia perfecta.

A primera vista parece ser que este conjunto de supuestos sólo fueron introducidos con fines puramente analíticos, con el objeto de volver el análisis anterior más riguroso mediante la precisión de los supuestos (axiomas) que permitirían la formalización rigurosa de las interrelaciones de las variables económicas.

Pero veamos el asunto más de cerca; ¿qué límites le impone el supuesto de infinitas unidades al comportamiento competitivo de los capitalistas? En primer lugar, debido a que la oferta de cada capitalista es insignificante, su capacidad de incidir sobre la oferta total y los precios es nula. Se trata, por consiguiente, de un capitalista pasivo tomador de precios. En segundo lugar cuando sobre este supuesto se monta la teoría marginalista, al nivel de precios dado, el capitalista encontrará sin problemas, pues nadie se lo impide, la oferta óptima. Este punto será su equilibrio y no existen razones endógenas al modelo para que quiera salirse de esta posición.⁴

Esta armonía entre los capitalistas todavía puede ser perturbada por causas exógenas y enviar al sistema a lo largo de senderos de desequilibrio, que pueden ser más o menos profundos según la mayor o menor rigidez de los factores productivos. Esta posibilidad fue eliminada por el supuesto de perfecta movilidad de los factores productivos. Cualquier perturbación entonces, que tienda a desviar al sistema de su senda de equilibrio será inmediatamente neutralizada por la instantánea reasignación de los factores productivos.

Aquella idea clásica de rivalidad, aquella idea marxista de lucha competitiva entre los capitalistas por conservar sus capitales, aquella noción de competencia que desemboca en la acumulación como una necesidad de sobrevivencia, ha sido reemplazada por una noción de armonía entre los capitalistas; capitalistas que son vistos ahora como agentes económicos pasivos, que alcanzan su equilibrio óptimo de producción en un contexto en donde no existen fuerzas endógenas que provoquen su alejamiento de tal equilibrio.

Los marginalistas del siglo pasado, sin embargo, no incorporaron al análisis el supuesto de perfecta movilidad de los factores; en consecuencia, el análisis de las situaciones de desequilibrio respecto a las posiciones de largo período continuó siendo un problema que estuvo presente en todos ellos. Veámos, entonces, cómo fue utilizado el método de largo período dentro del marginalismo.

2. La noción de largo plazo marginalista

El objeto de estudio del análisis económico marginalista continuó esencialmente siendo el mismo definido en la corriente de pensamiento anterior, ésto es, las posiciones naturales o normales del sistema capitalista. El mercado es, afirmaba Walras, como un lago agitado por el viento, donde el agua está incesantemente buscando su nivel.

Este método de análisis, rebautizado por esta escuela como método de largo plazo, estuvo acompañado por una redefinición de la competencia capitalista, como ya lo hemos señalado. Sin embargo, en los escritos de los marginalistas del siglo pasado los desequilibrios fueron considerados aún como posiciones en las que se movía el sistema económico, y algunos como Wicksell dirigieron su atención hacia la dinámica de tales desviaciones.

En "Interés y Precios", Wicksell analizó el desequilibrio a través de las

fricciones que impiden la realización de las tendencias de largo plazo de las variables y los efectos dinámicos que estas fricciones producen en la economía, los cuales en última instancia conducen a la imposición de los resultados de largo plazo.

Las desviaciones de la tasa monetaria de interés⁵ —determinada por el exceso o escasez de dinero— respecto a su tasa natural —determinada por el exceso o escasez de capital real— lleva a un proceso acumulativo de crecimiento o de decrecimiento de los precios (inflación o deflación) según que la primera se mantenga por abajo o por arriba de la segunda:

“Cuando la tasa monetaria de interés es demasiado baja relativamente (a la natural) todos los precios subirán. La demanda por préstamos en dinero consecuentemente se incrementa, y como resultado de la mayor necesidad de liquidez, la oferta (relativa) se reduce. La consecuencia es que la tasa de interés pronto se verá restaurada a su nivel normal, tal que otra vez coincida con la tasa natural” (Wicksell, K. 1965, pg. 110, los paréntesis son nuestros).

Cualquier impedimento interpuesto por las instituciones crediticias a la tendencia a la igualación de la tasa monetaria de interés con su tasa natural, desembocará en un movimiento acumulativo sobre los precios generales. Los esfuerzos institucionales por mantener tasas monetarias de interés inferiores a la natural, conducirá a presiones inflacionarias que tarde o temprano obligarán a las autoridades a soltar la tasa de interés para que busque su nivel natural.⁶

Alfred Marshall dedicó el capítulo III del Libro I de sus Principios de Economía, a precisar el significado de las leyes económicas y a explicitar el uso del método en la economía, ya que su omisión había causado, según él, que Smith y los primeros economistas fueran “constantemente mal interpretados”.

La acción normal decía Marshall, es aquella que podría esperarse en el largo plazo bajo ciertas condiciones; y distinguía los valores de mercado de los normales en los siguientes términos:

“El valor actual en cualquier momento, el valor de mercado como se denomina a menudo, se ve con frecuencia más influido por los acontecimientos pasajeros y por causas cuya acción es de escasa duración que por aquellas que trabajan persistentemente”. (Marshall, A., 1969, pg. 291).

Es interesante observar el interés que la escuela marginalista mostró a finales del siglo pasado en las desviaciones del sistema respecto a sus posiciones de largo plazo. Ya hemos mostrado esto en Wicksell. Marshall también dedicó parte de su obra al análisis de tales desviaciones; sin embargo, como trataremos de demostrar a continuación, con este autor se rompe la noción tradicional de desviación temporal.

Marshall distinguió entre el uso más estrecho y más amplio del término normal. El uso más estrecho está constreñido a causas menos persis-

tentes y menos duraderas que el uso más amplio. Al generalizar el uso del término normal, Marshall pudo considerar no sólo las posiciones de largo plazo como equilibrios sino también las posiciones que él llamó de corto plazo.

El equilibrio de corto plazo estaría, entonces, determinado por causas cuya persistencia es menor. Estas causas las identificó Marshall con algunas restricciones temporales que presenta el sistema capitalista; entre ellas señaló: las existencias, la capacidad instalada, etc.; mismas que tienden a su vez, a desaparecer a medida que transcurre el tiempo. Marshall sintetizó este punto de la siguiente manera:

"La naturaleza del equilibrio en sí, y de las causas que lo determinan depende de la duración del período de tiempo sobre el cual se calcula que el mercado se extiende. Si el período es corto, la oferta queda limitada a las existencias que se tienen a mano; si el período es más largo, la oferta estará influida, más o menos, por el costo de producción del artículo considerado; y, si el período es muy largo, este costo estará a su vez influido, más o menos, por el costo de producción del trabajo y de los objetos materiales requeridos para producir dicho artículo" (Marshall, 1969, pg. 274).

Las desviaciones respecto a las tendencias de largo plazo, en consecuencia, dejan de verse como posiciones de desequilibrio del sistema económico y pasan a verse como equilibrios temporales. La característica principal de estos cuasi equilibrios será, contrario a los de largo plazo, que la tasa de ganancia diferirá entre las distintas ramas productivas, y al estar definidos por restricciones que tienden a desaparecer en el tiempo, serán posiciones de las cuales el sistema económico tiende a alejarse.

En esta visión Marshalliana, pues, el sistema capitalista se mueve en una sucesión de equilibrios cada uno de los cuales es resultado de causas más o menos persistentes. Esta forma de ver el movimiento del capitalismo choca definitivamente con la visión clásica y marxista que desarrollamos en la primera parte de este ensayo.

Concluimos esta sección enfatizando que estos resultados distintos se explican al menos por dos causas. La primera, por la caracterización que cada escuela ha hecho del sistema capitalista, cuya expresión más clara es la distinta noción de competencia. Mientras la corriente más antigua enfatizaba la rivalidad intercapitalistas, la "moderna" enfatizó su armonía.

La segunda causa, que no es independiente de la primera, es la insistencia del marginalismo por explicar el comportamiento de las variables en todo momento por el equilibrio entre oferta y demanda.

III. La redefinición del método de análisis marginalista

"Valor y Capital" de John Hicks es un clásico de la literatura económica, no sólo por ser la principal obra de ese gran economista inglés, sino porque en ella se fundamentó el nuevo objeto que estudiaría la teoría económica, a

partir de 1939. Hicks desarrolló esta labor objetando el método Marshalliano de análisis; es decir, por la crítica del método de largo plazo, del método tradicional.

La crítica de Hicks se puede sintetizar como sigue. El método Marshalliano "conduce a introducir esa famosa ficción que es el estado estacionario"; éste no es más que "ese caso especial de un sistema dinámico en que los gustos, la técnica y los recursos permanecen constantes a través del tiempo", en que "no se precisa distinguir entre precios esperados y precios corrientes" y en que el "ahorro y la inversión serán iguales a cero". (Hicks, J., 1976, pgs. 132-3-4).

Hicks identificó, entonces, largo plazo con estado estacionario. El largo plazo es en consecuencia, según esta interpretación, un estado estático, sin crecimiento y con expectativas perfectas. Este tipo de análisis, decía Hicks, contrasta evidentemente con la realidad que muestra que el sistema capitalista es eminentemente dinámico y donde las expectativas que se forman los agentes tienen un papel determinante que jugar.

Además, enfatizó, "siempre se reconoce que el estado real de cualquier economía no es nunca estacionario", sin embargo los teóricos que han aplicado este método siempre consideraron que "la realidad tendía hacia ese estado"; estos teóricos nunca dieron "ninguna indicación de que la realidad tienda de hecho a moverse en ese sentido" (Hicks, 1976, pgs. 134-5).

El resultado de todo esto es, concluye Hicks, que si queremos hacer frente a los problemas dinámicos de la economía debemos abandonar ese método "estático" tradicional y recurrir a un método dinámico. Un método que se caracterice por fechar todas las variables, que distinga entre precios de ayer, de hoy y de mañana, y que permita que las expectativas que los agentes económicos se forman hoy puedan incidir sobre los precios y cantidades ofrecidas y demandadas mañana. En síntesis volver el análisis más realista. (Hicks, J., 1976, pgs. 129-135).

El método de equilibrio temporal, como llamó Hicks a este método dinámico, redefinió el objeto del análisis económico. El objeto de estudio sería aquella sucesión de equilibrios de corto plazo que ocurren en el tiempo limpiando todos los mercados, los cuales abren sólo los lunes de cada semana ejemplificaba Hicks. Lejos de existir una sola tasa de interés para todas las mercancías lo que realmente existe, señalaba este autor, es tantas tasas de interés como de mercancías.

A partir de esta crítica, la teoría del valor marginalista se replanteó sobre una estructura de equilibrios temporales e intertemporales, cuya formalización posterior estuvo a cargo principalmente de E. Malinvaud (1953) y de Gerard Debreu (1959).

Cuando arribamos al "neomonetarismo" encontramos nuevamente el énfasis en el análisis de largo plazo. Es posible señalar, que la política monetaria se traduzca en el corto plazo no sólo en incrementos del ingreso no-

minal sino también en incrementos del ingreso real, pero en el largo plazo su efecto se dará sólo en el ingreso nominal.

¿A qué se refieren los monetaristas por largo plazo? Al igual que Hicks entienden por equilibrio de largo plazo el estado estacionario, es decir una situación sin crecimiento o con crecimiento proporcional y expectativas realizables.

Friedman dice:

"hemos identificado la **ausencia** de una discrepancia entre los valores efectivos y los previstos como definitoria del equilibrio a largo plazo". (Friedman, 1981, pg. 64).

Esta forma de ver el largo plazo asigna todo el peso del ajuste de corto a largo plazo a las expectativas. El corto plazo es aquel en que las expectativas no se realizan:

"La transición entre el proceso de reajuste a corto plazo y el equilibrio a largo plazo se produce mediante un reajuste de los valores previstos a los valores medidos". (Friedman, 1981, pg. 63).

Dornbusch y Fisher son más precisos:

"El equilibrio de largo plazo, con una tasa de inflación constante y un nivel constante de producto, es también llamado un estado estacionario". (Dornbusch y Fisher, 1981, pg. 422).

La diferencia principal entre las nociones de largo plazo tradicional y "moderno", es la fuerza principal que lleva al sistema económico hacia tales posiciones de equilibrio. El primero se apoyaba en la tendencia de la competencia a formar una tasa uniforme de ganancia; el segundo en las expectativas. Lo verdaderamente difícil es fundamentar que tales tendencias realmente existen.

Los clásicos fundamentaron a partir de la noción de competencia libre la tendencia hacia la formación de la tasa uniforme de ganancia, ya lo hemos analizado en la primera parte de este ensayo. Lo que no está claro es que en el sistema capitalista exista una tendencia hacia la formación de expectativas realizables, cuando aún no hay ni siquiera consenso acerca de cómo se modelan las expectativas.

La escuela de las expectativas racionales⁷ ha avanzado en esta dirección, postulando que los agentes económicos son racionales al formarse sus expectativas acerca del futuro y, por consiguiente, que no cometen errores sistemáticos. Este postulado significa, entre otras cosas, que cada agente tiene a su disposición toda la información relevante, incluido el modelo "verdadero" que rige a la economía, y que a partir de ella se forma sus expectativas. Lo que de todas maneras no queda claro es cuál es ese modelo verdadero. En realidad la escuela está pensando en el modelo monetarista.

Creemos que este punto es importante en tanto nos muestra que la crítica al monetarismo debe pasar necesariamente por la crítica a la supuesta tendencia hacia la formación de expectativas realizables. No parece haber ninguna razón sólida para pensar que tal tendencia exista bajo el sistema capitalista. Por otra parte, nos señala la necesidad de rescatar la noción de largo período que fundamentó al pensamiento clásico y marxista.

IV. El abandono del método tradicional y la medición del capital

En esta sección final trataremos de contrarrestar la crítica hicksiana al método marshalliano, que por extensión también es crítica al método clásico, y buscaremos identificar las verdaderas causas por las cuales la teoría dominante se movió en otra dirección alejándose del método tradicional.

El primer punto es el que Marshall señaló insistentemente a lo largo de toda su obra y que se refiere al hecho de que la idea central de ésta es dinámica y no estática, pues "de hecho se refiere a fuerzas que causan movimientos; y su nota clave es la dinámica y no la estática" (Marshall, 1969, pg. 350).

El segundo punto está ligado al primero; se trata de rechazar que el análisis marshalliano se reduzca al estado estacionario como lo ha afirmado Hicks. En verdad, Marshall analizó "La famosa ficción del estado estacionario" en el cual "las condiciones generales de la producción y el consumo, de la distribución y el cambio permanecen estacionarias" (Marshall, 1969, pg. 304), pero estuvo presto a aclarar que su obra no podía reducirse a tal estado:

"todas las indicaciones referentes a la estabilidad económica de las cuales la principal es la hipótesis de un estado estacionario, son meramente provisionales, para ser utilizadas sólo con objeto de ilustrar ciertas partes de la argumentación y arrinconarlas después" (Marshall, 1957, pg. 303, el subrayado es nuestro).

El tercer punto se refiere al señalamiento de Hicks de que los teóricos nunca dieron indicación de que la realidad tienda a moverse hacia posiciones de largo plazo. Consideramos que esta afirmación no está acorde con los hechos, como se desprende fácilmente de la primera parte de este ensayo y que a continuación volvemos a presentar a propósito de la crítica.

La economía clásica fundamentó precisamente tal tendencia a partir del supuesto de la libre competencia. Como ya hemos analizado en detalle, son las presiones entre los capitalistas por conseguir mayores tasas de ganancia lo que lleva a su propia limitación, a la tendencia a la formación de una tasa uniforme de ganancia sobre el acervo de capital y es ésta la que define lo que se conoció como tendencias normales del capitalismo. Está por demás insistir en que las presiones entre los capitalistas por conseguir mayores tasas de ganancia es algo que el capitalismo evidencia en todo momento y lugar.

Pero por otra parte, el señalamiento de Hicks es de lo más importante, porque ello nos lleva a cuestionar al monetarismo en los mismos términos que Hicks cuestionó al método tradicional. Los teóricos que utilizan el método de largo plazo a partir del ajuste de las expectativas, consideran de un modo natural que la realidad tiende hacia ese estado de expectativas realizables, aunque sea muy dudoso que exista tal tendencia; estos teóricos nunca han dado ninguna indicación convincente de que la realidad tienda de hecho a moverse en ese sentido.

Es desde todo punto de vista válida la hipótesis de P. Garegnani (1976), de que las causas por las cuales la escuela marginalista abandonó el método tradicional de largo plazo son de otra índole. En efecto, fueron las dificultades añejas del marginalismo para manejar una medida adecuada del "factor productivo" capital consistente con la determinación de la única tasa normal de ganancias, lo que llevó a los teóricos de los años veintes y treintas a buscar un método alternativo que no tuviera que lidiar con el problema de la medición del capital.

Con el nacimiento del marginalismo nació una dificultad teórica sin posible solución: ¿cómo medir el capital independientemente de la distribución del ingreso? El problema se puede plantear esquemáticamente en los siguientes términos.

La teoría marginalista explica los niveles de las variables normales a partir de tres tipos de datos: Las preferencias de los consumidores, la tecnología y las cantidades de "factores productivos". Este último dato supone que las cantidades físicas de los distintos tipos de capital estén dados, pero la necesidad de satisfacer bajo condiciones normales la exigencia de una tasa uniforme de interés (ganancia) sobre todas las formas de capital, obliga a que "estas formas físicas en que está incorporado el capital puedan cambiarse a lo largo del proceso mediante el cual se alcanza el equilibrio". Por consiguiente, parece ser que la única forma de suponer el capital como dato, en compatibilidad con la determinación de una tasa uniforme de ganancia, es suponerlo "como una magnitud única que pueda asumir indistintamente la forma de cualquier tipo de bien de capital- como si se tratara de un fluido que puede trasvasarse libremente de un recipiente a otro". (Garegnani, 1982, pgs. 90 y 124).

La teoría marginalista, si pretende seguir considerando la dotación de capital como un dato de su estructura analítica y todavía dedicarse a analizar las posiciones de largo plazo del capitalismo, que se caracterizan por la existencia de una tasa de ganancia única para todas las formas de capital, deberá medir el capital como una magnitud única, no hay alternativa.

Pero, por otra parte, el segundo dato de la estructura analítica marginalista establece, dada la cantidad de los otros factores, una relación unívoca entre la cantidad de capital, medido de alguna manera como una magnitud única, y el producto físico. Si esta cantidad de capital que representa un cierto conjunto de bienes físicos cambia cuando cambia la distribución del ingreso entre salarios y ganancias, "no quedará ya ninguna posibilidad de establecer una relación unívoca entre cantidad de capital y canti-

dad física del producto". Y esta variación en la cantidad de capital "es lo que sucede cuando medimos el capital en términos de valor" (Garegnani, 1982, pg. 96).

Con el problema anterior enfrente la categoría productividad marginal del capital se convierte en un sin sentido. Veamos cómo: si dadas las cantidades físicas de todos los "factores productivos", un cambio en la distribución del ingreso lleva a que un mismo producto físico aparezca producido por una cantidad aumentada o disminuida de capital, aunque represente el mismo conjunto físico de bienes de capital, sólo podremos pensar que la productividad marginal del capital es cero. Pero también un mayor producto físico, bajo ciertos movimientos en la distribución del ingreso puede ser producido por una cantidad de capital menor, ¿indicaría ésto que la productividad marginal del capital es negativa?

La noción de productividad marginal es el pilar sobre el que descansa la estructura analítica marginalista. Si este pilar se cae se caerá la teoría que él soporta. Esta es la dimensión del problema de la medición del capital en la teoría marginalista.

Este es el problema que enfrentó la teoría marginalista desde su propio nacimiento y al que Walras y Wicksell dedicaron parte de sus obras. Es en torno a este problema que se dio aquel gran debate entre Böhm Bawerck y Clark donde se discutía si era correcto medir el capital por el periodo medio de producción; es este mismo problema el que enfrentó en los treinta de este siglo a Frank Knight y a Friedrich Hayek, donde el primero argumentó infructuosamente que la tasa de interés se podría determinar independientemente del periodo medio de producción. El problema es que no existe forma de determinarla.

Es este problema teórico el que llevó en los veinte a distintos teóricos marginalistas (Lindahl y Hayek) a buscar un método alternativo que no tuviera que ver con el problema de medir el capital independientemente de los precios de producción y esta independencia sólo se puede lograr, si nos queremos mantener bajo equilibrios de oferta y demanda, con equilibrios de corto plazo, es decir abandonando la determinación de una tasa de ganancia única.

Hicks por su parte también aclaró los grandes problemas que la medición del capital acarrea bajo el análisis tradicional. Hicks señaló que la validez de los resultados de largo plazo se pierde porque "los ajustes necesarios para provocar el equilibrio llevan tiempo" y cuando se introduce este ajuste se hace clara "la dependencia en que se encuentran las relaciones insumo producto (las funciones de producción) respecto de la cantidad de productos intermedios que atraviesan el sistema" y cuestiona: "¿Cómo se determinará la cantidad de productos intermedios, es decir, la cantidad de capital?" (Hicks, 1976, pgs. 131 y 133).

Es este problema intrínseco de la teoría marginalista y no "la necesidad de volver el análisis más realista", lo que condujo al abandono del método tradicional y a su sustitución por un método de equilibrios temporales

de cortos plazos en donde la consideración de la cantidad de capital como un dato no presenta ningún problema.

Conclusiones

Este largo recorrido por casi dos siglos de pensamiento económico nos ha conducido a varias conclusiones, de las cuales las más relevantes se señalan a continuación.

La separación del análisis económico en método del análisis y teoría nos permitió ver que a pesar de los cambios que se dieron en el pensamiento económico a mediados del siglo pasado, persistió la **continuidad** del método que se ha llamado de largo período. Sin embargo, la aplicación de tal método condujo a dos nociones distintas de equilibrio. Mientras para la escuela marxista, y en mucho menor grado para la clásica, el equilibrio sólo constituía una norma en medio de profundos desequilibrios, para la escuela marginalista el equilibrio pasó a ser la tendencia dominante, hasta absorber dentro de esta estructura de equilibrios las desviaciones de corto plazo.

Tratamos de buscar las causas de estos resultados distintos en las nociones radicalmente distintas de competencia capitalista de cada escuela y en las distintas teorías que se montaron sobre el método de análisis. Está por demás señalar que estas diferencias no son más que expresiones de las distintas formas de percibir al capitalismo.

Los problemas que a nivel de teoría vino padeciendo el análisis marginalista para medir el capital como un dato en compatibilidad con la determinación de la tasa de ganancia de largo plazo, obligó a esta escuela a sustituir el método tradicional por el método de equilibrios temporales e intertemporales, aunque tal abandono se presentó como motivado por causas distintas.

De este giro surgió el equilibrio de largo plazo identificado con el estado estacionario donde todas las expectativas se realizan, tal es la posición del neomonetarismo. Contrario a la escuela del siglo pasado, con base sólida para argumentar que en el largo plazo la competencia tiende a formar una tasa de ganancia uniforme, la escuela "moderna" no ha presentado evidencias de que bajo el capitalismo existan tendencias hacia la formación de expectativas realizables.

Finalizamos concluyendo que si el marginalismo enfrenta problemas insolubles a nivel de teoría para medir el capital en compatibilidad con la determinación de la tasa de ganancia de largo plazo, es decir, en compatibilidad con el estudio de los niveles normales o naturales de las variables económicas, y no en el método, no es el método el que debe ser sustituido, es la teoría marginalista la que debemos estar dispuestos a abandonar.

NOTAS

1. Esta separación del análisis económico en método y teoría no implica de ninguna manera que ambos niveles no puedan condicionarse mutuamente.
2. La idea de que la concentración del capital vuelve menos competitivo al capitalismo es herencia del modo marginalista de pensar. Esta pérdida de competitividad capitalista es resultado directo de la noción que esta escuela tiene de la competencia. Ver la Parte II de este ensayo.
3. Ya hemos señalado que Ricardo veía precisamente en "las variaciones" del precio de mercado respecto al natural, el mecanismo que permite que se distribuya "el capital en la abundancia requerida" entre las distintas ramas productivas (Ricardo, 1973, pg. 67).
4. El lector recordará como en Marx la acumulación es un resultado endógeno de la competencia. Ver la Parte I de este ensayo.
5. El término tasa de interés utilizado por los marginalistas corresponde al término tasa de ganancia utilizado por los clásicos (Milgate, M., 1982, pág. 14).
6. Esto nos recuerda el proceso Friedmaniano en el que las desviaciones "artificiales" del nivel de desempleo por debajo del natural provocadas por políticas de demanda, desencadenan procesos inflacionarios que obligan en última instancia a las autoridades a restaurar la tasa natural de desempleo (Friedman, M., 1977).
7. Ver entre otros Robert Lucas (The Neutrality of Money) y Robert Barro (Rational expectations and the Role of Monetary Policy).

REFERENCIAS

1. Clifton, J. A. (1977). "Competition and the Evolution of the Capitalist Mode of Production". Cambridge Journal of Economics, Vol. 1, June.
2. Debreu, Gerard. (1955). "The Theory of Value". New Haven: Yale University Press.
3. Dobb, Maurice. (1973). "Economía Política y Capitalismo". FCE.
4. Dornbush, R. y Fisher, S. (1981). "Macroeconomics". McGraw Hill.
5. Eatwell, John. (1978). "Competition".
6. Friedman, Milton. (1981). "El Marco Monetario de Milton Friedman". Premia Editora.
7. Garegnani, Pierangelo. (1976) "On a Change in the Notion of Equilibrium in Recent Work on Value and Distribution" en Essays in Modern Capital Theory. (ed) Brown, Sato and Zaremka. North Holland.
8. Garegnani, Pierangelo. (1977). "On the Theory of Distribution and Value in Marx and the Classical Economists". Rome, June. Provisional Draft.
9. Garegnani, Pierangelo. (1982). "El Capital en la Teoría de la Distribución". Oikostau ediciones.
10. Hicks, John (1976). "Valor y Capital". FCE.
11. Hinkelammert, Franz. (1970). "Ideologías del Desarrollo y Dialéctica de la Historia" Editorial Paidós.
12. Malinvaud, Edmond. (1953). "Capital Accumulation and the Efficient Allocation of Resources". Econométrica, Vol. XXI, April.
13. Marshall, Alfred. (1957). "Principios de Economía". Ed. Aguilar.
14. Marx, Karl. (1982). "El Capital". Tomos I, II y III. FCE.
15. Marx, Karl (1976). "Introducción a la crítica de la Economía Política". Ediciones de Cultura Popular.
16. Marx, Karl. (1868). "Carta a Kugelmann" en Marx, Karl (1982) Tomo III.
17. Meek, Ronald. (1965). "The Rise and Fall of the Concept of the Economic Machine". University of Leicester Press.
18. Milgate, Murray. (1982). "Capital and Employment. A Study of Keynes's Economics". London Academic Press.
19. Ricardo, David. (1973). "Principios de Economía Política y Tributación". FCE.
20. Smith, Adam. (1977). "An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations". The University of Chicago Press.
21. Wicksell, Knut. (1965). "Interest and Prices". Sentry Press, New York.